

Eduardo Torres Quintero: Hombre y Mito

Escribe: GUSTAVO PAEZ ESCOBAR

Buscándole título a esta nota he demorado un homenaje que traigo en mente hace buen tiempo a la memoria de Eduardo Torres Quintero, muerto en Tunja, la tierra de sus luchas y de sus sueños, el 10 de mayo de 1973. Para mí el rótulo de un escrito es definitivo. Si coincide con mis vibraciones cerebrales, la materia se vuelve maleable y acaso logre también hallar dúctil el pensamiento; y si no consigo acuñar la inscripción mágica, la que incite el nervio preciso, las ideas se escapan esquivas y volátiles.

No me resulta fácil hablar de Eduardo Torres Quintero. Y no lo es en razón del respeto que me inspira su figura humana e intelectual; un respeto mezclado de aprecio y admiración que fundieron para siempre el carácter de hombre y mito de mi personaje inolvidable, a partir de aquella desprevenida mocedad, fácil para el asombro y también para el hallazgo, de mis ya lejanas épocas tunjanas. Séame permitido trabajar los recuerdos al soplo de la emoción que despierta en mi ánimo el reencuentro con las primeras experiencias, cuando apenas naciendo a las sorpresas de la vida como menudo oficinista, quedaba al cuidado de quien como jefe y amigo se convertía en tutor de mi inmadurez.

Eduardo Torres Quintero, contralor entonces de Boyacá, era la persona más sobresaliente en el departamento por su cultura, su influjo moralizador en la vigilancia de los dineros y las costumbres oficiales, la disciplina con que dirigía el comportamiento de sus empleados, y como virtud acrisolada, la elegancia que imprimía a todos sus actos. Se explica por eso su exquisita sensibilidad por lo bello, lo noble, lo excelso de la vida, dones que eran talanqueras de su formación y que lo lastimaban cuan-

do no los hallaba en las personas de sus afectos y del trato continuo.

Lejos estaba yo de saber, de entrada, que en aquella breve y enjuta silueta corporal se escondía un espíritu superior; ni que detrás de aquella fisonomía adusta y poco accesible al primer contacto se reclinaba un alma romántica y de infinita bondad. Los que compartían con él de cerca las asperezas de un oficio exigente, no asimilables para quien por primera vez tocaba una oficina pública, entendían la rigidez y el método que era preciso aplicar en aquellos tinglados de la burocracia fiscalizadora. En la Contraloría General de Boyacá, como con énfasis y orgullo se cantaba el nombre de nuestra lustrosa organización, dominaban un orden y un reglamento desconocidos en la empresa oficial y por eso mismo maravillosos. El ingreso al trabajo era a las ocho y no podía ser a las ocho y media ni a las nueve. Los minutos de retardo eran registrados con exactitud cronométrica, y al final de mes acumulaban descuentos ciertos del sueldo, aceptados por todos como una fórmula para preservar la disciplina. Y como el sistema podía desgastarse con el único régimen de las deducciones salariales, bien sabía el jefe de aquella numerosa nómina que su presencia ocasional en los momentos precisos era definitiva para curar perezosos, por lo general sin expresarles palabra alguna y bastando solo una mirada castigadora al reloj, actitud extrema que inculcaba profundas enseñanzas.

Permítaseme detenerme en materia aparentemente tan simple como la de un horario de oficina pública, dentro de las dimensiones del intelectual, del poeta y del académico que había en Torres Quintero, pero es que no puede considerarse un hecho trivial ni frívolo, y menos bárbaro, aquel sentido del tiempo, del deber, de la precisión, de la métrica, forjadores de un carácter y que fueron rasgos predominantes en la recia personalidad de este grande hombre.

Este sistema aleccionador, tan ausente de los laberintos oficiales, mantenido con celo como la manera de ser de un establecimiento diferente a los demás, llevaba oculto un mensaje. A lo largo de los años había crecido un fondo considerable, alimentado no solo con las pequeñas cuotas de incumplimientos del horario, sino también con los permisos autorizados que, con todo y serlo, tenían un precio como tiempo dejado de trabajar.

Y en un diciembre, cuando aún no se conocía la hoy manoseada prima de navidad, el ingenio de Torres Quintero desmontó en secreto y sorpresivamente aquel patrimonio común y lo repartió entre sus colaboradores, con generosidad para los más cumplidos y los más eficaces, y con equitativa elasticidad para todo el personal, hasta para los poco madrugadores, como un motivo para celebrar con alegría la paz de diciembre.

Por todo esto y por mucho más que no cabe en este perfil, Eduardo Torres Quintero es mi personaje inolvidable, superior a otros que también lo son, pero sin tantos misteriosos ingredientes reunidos. Bajo su orientación se sentía la severidad pero también la rectitud y el clima humano; se exigía esfuerzo para obtener satisfacciones; se conjugaba la vida con dignidad y altura; se imponían metas rigurosas para moldear la personalidad. Muchos lo encontraban drástico, cuando no imperial, por no condescender a la conducta mediocre o al acto rastrero. Para ellos no podía ser el rincón de los elegidos. Si bien comprendía y perdonaba los yerros, pero para no repetirlos, se volvía intransigente con la deshonestidad, la debilidad de carácter o el vicio crónico. Sus fugaces bohemias, atemperadas y armónicas, no autorizaban a nadie al vulgar desenfreno de la conducta, porque él era el primer disciplinado. Quienes más recibían sus dardos, a veces mortales, eran los altos funcionarios del gobierno departamental y los responsables de los bienes públicos, a quienes escrutaba con ojo de águila y no les permitía esguinces y menos indelicadezas. Eduardo Torres Quintero, pequeño de cuerpo como un Bolívar o un Napoleón, era el hombre tempestad, un verdadero ciclón cuando se trataba de castigar la inmoralidad o la torcedura andrajosa del carácter.

Contra esta roca incommovible nadie podía. Las maquinaciones se despedazaban en su primera embestida. Atacaba él con la verdad y con el verbo demoledor del literato y el tribuno, tipos que se henchían en su vena prolífica y detonante para producir llamaradas. Si pudiera pensarse que este hombre ciclópeo, maestro de la catilinaria y el gesto desconcertante, era un monstruo, no se yerra, pero monstruo en la concepción del ser fantástico que rompe lo ordinario para crear un genio y una leyenda.

Lo mismo que un día, con elocuencia estremecida, arremete contra unos bárbaros destructores de iglesias, conventos y monumentos históricos que pretenden demoler un templo colonial

para construir un hotel, y los llama comejenes de la cultura, en otra página maestra de sutilísima ironía e incontenible furor literario y conceptual, vapulea a su paisano el panfletario Vargas Vila, a quien cita como el “gigantesco paranoico boyacense”.

Y si la imaginación del lector desprevenido lo concibe como el prototipo del miedo y de la mente fría y acaso deshumanizada, veámoslo en uno de sus actos íntimos y muy peculiar de su sensibilidad. Recorre con aire reflexivo el recinto de su despacho, situado en el segundo piso de un viejo caserón que seguramente ya derrumbó hace mucho tiempo la moderna herramienta demolidora. La secretaria recibe las palabras con que redacta un documento oficial. Se detiene de pronto ante una escena callejera que lo sobrecoge. Una niña de muy pocos años ha tropezado y ha roto la botella de leche que lleva de encargo a su casa. El líquido se desborda y la tragedia estalla para la indefensa criatura que en medio de su confusión solo encuentra las lágrimas. Torres Quintero oprime con insistencia —y para qué dudarlo con angustia— un timbre que llega a la portería, sin dejar de proteger con su mirada el drama de una niña anonadada. El empleado, ágil intérprete del temperamento de su jefe, se precipita escaleras abajo al escuchar la siguiente orden: ¡Vuele con estas monedas y reponga aquella botella de leche despedazada sobre el pavimento!

Este hombre de duros combates y alma susceptible al dolor y a la nobleza, temido por los mediocres y respetado por todos, fue el caballero andante de la cultura de Boyacá, que tuvo en él al mejor abanderado de las tradiciones, las humanidades, el fervor de lo ético y lo sublime, y que apasionado por el amor a la patria y a su terruño templó su lira para cantarle a lo más grandioso de la vida. Vate lírico y tierno, de entonación romántica y lenguaje florido, su voz perdurará en el recuerdo y en las antologías con dejos amorosos. Su pasión por la belleza transformaba en refulgentes las cosas que tocaba, y no contento con abrillantarlas, las idealizaba. Dueño de una prosa castiza y erudita, en la que no se permitió nunca descanso para la corrección y el retoque genial, y que le envidiarían los mejores gramáticos de Colombia y de la madre España, sus escritos parecen haber pasado por un cristal como modelos de estética y de perfección idiomática. Maneja un lenguaje vigoroso y elegante, cincelado por una pluma maestra en prodigar el noble adjetivo y el vocablo certero que enaltecen la oración, y es experto, además, en

mover armoniosamente imágenes y recursos trabajados con pericia para engalanar el pensamiento y hacerlo expresivo.

Es difícil, para los incrédulos y las mentes prosaicas, transformar en hombre de letras al implacable censor de los desvíos oficiales, y más lo es entender que con la misma mano que reprobaba una falta o firmaba una destitución, pulía un verso y elaboraba las piezas literarias que son hoy patrimonio del Boyacá culto que tantas glorias ha ganado para los colombianos.

Insomne trabajador intelectual, murió al lado de sus pertrechos. La revista "Cultura" que dirigió durante largos años, un admirable acopio de talento y sabiduría, quedó huérfana porque dejó de consentirla la mano cariñosa. En la ciudad hidalga cubrieron su retirada la bella y angelical esposa que había compartido con él los reveses de la esquiva fortuna, y unos hijos formados sin ahorro de sabias directrices para descollar en la sociedad.

"Fue un explorador de las letras, las artes, los estilos", al decir de Rafael Bernal Jiménez, quien agrega que "era un hombre discreto, esquivo y taciturno; iba por las calles de su ciudad nativa, esa Tunja de las leyendas trágicas y las esperanzas truncas, llevando el fardo de los sufrimientos con que lo maltrató la suerte, y el escondido tesoro de sus cogitaciones".

Este hombre silencioso que le huyó a la fama y que nunca reclamó honores; que hizo de su pobreza una oración; que vibraba ante la verdad y la poesía y que en sus noches bohémias de néctares divinos se extasiara con sus dioses, se vuelve mito en la historia de un pueblo que él veneró y ensalzó. No podría colocársele en el sitio de los "poetas malditos", como un Verlaine o un Baudelaire, porque su bohemia fue un canto y un aleteo, y jamás una negación. Habría que decir que "era más bien un lírico doliente que un poeta maldito", las mismas palabras con que él definiera a su hermano Guillermo, el fino cantor del amor y de la muerte, tempranamente desaparecido.

El recuerdo se llena de unción al regresar a los inicios de aquellas memorables jornadas tunjanas del asombro y el hallazgo, tiznadas de lluvia y recogimientos, en la quieta placidez del solar patricio, en cuyas noches cargadas de misterios resuena, y jamás habrá de apagarse, la voz enamorada de un poeta que jugó con sus musas hasta convertirse en leyenda.